

Francis Fukuyama (1952) es un licenciado en ciencias políticas estadounidense de origen japonés. Actualmente es catedrático de economía en la *School of Advanced International Studies*, Universidad Johns Hopkins, así como profesor en las Univ. de Stanford y George Mason. Es conocido sobre todo por haber escrito *The End of History and the Last Man* de 1992 ([Introduction](#)), donde sostiene que la Historia humana como lucha entre ideologías ha concluido, dando inicio a un mundo basado en la política y economía neoliberal que se ha impuesto a las utopías tras el fin de la Guerra Fría. Inspirándose en Hegel y en alguno de sus exégetas del siglo XX, como Alexandre Kojève, afirma que el motor de la historia, que es el deseo de reconocimiento, el *thymos* platónico, se ha paralizado en la actualidad con el fracaso del régimen comunista, que demuestra que la única opción viable es el liberalismo democrático, que se constituye así en pensamiento único: las ideologías ya no son necesarias y han sido sustituidas por la Economía. Estados Unidos sería así la única realización posible del sueño marxista de una sociedad sin clases.



Francis Fukuyama [The End of History and the Last Man](#) 54m

Pero esto no significa que ya no sucederán más cosas a través de la historia: la historia generalmente es determinada por la ciencia y ésta no ha encontrado todavía sus límites. En la actualidad es el turno de la biología y los descubrimientos que se hagan actualmente en esta ciencia determinarán el futuro.

Fukuyama comienza rescatando el cambio más importante producido en los últimos 50 años en USA y otros países económicamente adelantados: la era de la información, que el futurólogo Alvin Toffler denotó como la transición de la “Tercera Ola”, al sugerir que tendría consecuencias tan importantes como las dos primeras: la transición de las sociedades cazadoras-recolectoras hacia las sociedades agrícolas, y de las sociedades agrícolas a las industriales. Una sociedad basada en información tiende a producir dos bienes que la gente valora muchísimo en una democracia moderna – libertad e igualdad. La libertad de elección explotó, desde canales de cable a puestos de venta de bajo costo en internet. Todas las jerarquías, políticas y corporativas, quedaron bajo la presión de este fenómeno y comenzaron a desmoronarse. La era informática es asociada habitualmente con el advenimiento de internet en los 1990s, pero los cambios de la era industrial comenzaron más de una generación antes, con la desindustrialización del cinturón industrial en USA (*Rust Belt*) y otros efectos similares en otros países industrializados. Este período – que transcurrió entre la mitad de los 1960s hasta principios de los 1990s – también quedó impregnado por condiciones de serio deterioro social en gran parte del mundo industrializado: el crimen y el desorden social comenzaron a aumentar, lo que tornó inhabitables las zonas internas de las ciudades en las sociedades más ricas. El declive del parentesco como institu-

ción social, que había continuado por más de 200 años, se aceleró en forma abrupta en la segunda mitad del siglo XX. Los matrimonios y nacimientos disminuyeron pero aumentó el número de divorcios; y 1/3 de los niños de USA y algo más de 1/2 de los pertenecientes a países escandinavos nacieron fuera del matrimonio. A ello hay que agregar que la confianza en las instituciones estuvo cayendo por cerca de 40 años. Sólo una minoría de ciudadanos de USA expresaba a principios de los 1990s confianza en sus gobiernos y conciudadanos. También se alteraron los lazos sociales entre la gente – que tendieron a ser menos permanentes, menos estrechos y con menores grupos de personas. Estos cambios dramáticos tuvieron lugar en muchos países y más o menos para el mismo período. Constituyeron el Gran Trastorno de los valores sociales que habían prevalecido en la sociedad de la era industrial de mediados del siglo XX.

Es infrecuente que los indicadores sociales cambien tan rápidamente, pero aún sin conocer las razones se puede sospechar de algunas vinculadas. El declive es medible en las estadísticas criminológicas, de hijos sin padres, de confianza quebrada, de oportunidades reducidas de educarse y sus resultados, y así sucesivamente. ¿Es un accidente que estas tendencias sociales negativas – que en conjunto reflejan un debilitamiento de vínculos sociales y de valores comunes en las sociedades occidentales – hayan tenido lugar en el momento preciso en que estas sociedades transitaban de la era industrial a la de la información? Fukuyama elabora la hipótesis de que los dos fenómenos estuvieron íntimamente conectados, y que aunque muchos beneficios hayan surgido de una economía más compleja, basada en la información, también hubo algunas cosas malas en materia de vida social y moral. La conexión viene dada por razones tecnológicas, económicas y culturales. El cambio de las condiciones laborales sustituyó trabajo físico por trabajo mental, empujando a millones de mujeres al mercado de trabajo y afectando los conocimientos tradicionales en los que estaba basada la familia. Las innovaciones tecnológicas médicas trajeron la píldora anti-conceptiva y la creciente longevidad disminuyó el papel de la reproducción y de la familia en la vida de la gente. La cultura individualista, que trae aparejados crecimiento e innovación en el laboratorio y en los mercados, se desparramó en el mundo de las normas sociales, donde toda forma de autoridad fue corroída, debilitándose los vínculos que mantenían cohesionados a familias, vecinos y países. Esta historia cambia según el país examinado, pero en general, el cambio tecnológico que trajo aparejado lo que Joseph Schumpeter llamó la “destrucción creadora” en los mercados ocasionó trastornos similares en el mundo de las relaciones sociales.

Pero, según Fukuyama, existe un lado positivo en todo este proceso: el orden social, una vez trastornado, tiende a ser rehecho, y hay varias pistas sobre lo que está sucediendo en este campo. Es posible esperar un nuevo orden social por un simple motivo: los seres humanos son, por naturaleza, criaturas sociales, cuyos instintos más básicos los conducen a crear reglas morales. También son racionales, y su racionalidad les permite crear en forma espontánea nuevas formas de cooperar entre sí. (La religión, que muchas veces ayudó en este proceso, ya no es la condición sine qua non del orden social, como creen muchos conservadores. Tampoco lo es un estado fuerte y expansivo, como creen algunos izquierdistas.) La condición natural del hombre no es la guerra de “todos contra todos” contemplada por Thomas Hobbes, sino una sociedad civil ordenada mediante la presencia de una gran cantidad de reglas morales. Lo cual se apoya en la cantidad tremenda de investigaciones provenientes de las ciencias de la vida en años recientes, en campos tan diversos como la neurofisiología, el comportamiento genético, la biología evolutiva, la etología, y aproximaciones biológicas a la psicología y la antropología. El estudio de cómo surge el orden – no como resultante de un mandato superior por una autoridad jerárquica, sea política o religiosa, sino como resultado de la auto-organización por individuos descentralizados – es uno de los desarrollos más interesantes e importantes de nuestra época. Que el orden social

debe provenir de una jerarquía centralizada, racional y burocrática es una idea asociada a la era industrial. Max Weber, en el siglo XIX, dijo que la burocracia racional es la verdadera esencia de la vida moderna. Sin embargo ya sabemos que en la sociedad de la información ni los gobiernos ni las sociedades usan reglas exclusivamente burocráticas para organizar a la gente. En su lugar, tratarán de descentralizar y devolver poder a los estamentos inferiores. La precondition de semejante auto-organización es la existencia de reglas y normas de conducta internalizadas, lo que sugiere que el mundo del siglo XXI dependerá ampliamente de estas normas informales. Por lo tanto, aunque la transición a una sociedad de la información produjo un trastorno de las normas sociales, una sociedad moderna de alta tecnología no puede llegar muy lejos sin las mismas y tendrá grandes incentivos para producirlas.

El trastorno del orden social por el progreso tecnológico no constituye un fenómeno novedoso. Desde principios de la Revolución Industrial las sociedades humanas estuvieron expuestas al proceso implacable de modernización, a medida que cada nuevo proceso de producción reemplazaba a otro. El desorden social de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX en América y Gran Bretaña puede explicarse directamente por los efectos de trastorno de la primera Revolución Industrial, cuando el motor a vapor y la mecanización crearon nuevas industrias de textiles, locomotoras, etc. Las sociedades agrícolas se transformaron en sociedades industriales urbanas en un espacio de unos cien años, y todas las normas sociales acumuladas que habían caracterizado la vida campestre fueron reemplazadas por el ritmo de la fábrica y de la ciudad. Esta alteración de normas engendró el concepto más famoso de la sociología moderna – la distinción de Ferdinand Tönnies entre comunidad (*Gemeinschaft*) y sociedad (*Gesellschaft*) (*Gemeinschaft und Gesellschaft*, 1887), que generan diferentes tipos de relaciones sociales, según el tamaño de la población y el grado de complejidad de la división social del trabajo. El pueblo o el campo están caracterizados por relaciones sociales que son de tipo personal y afectivas. Las instituciones sociales representativas de este tipo de relación son la familia y la iglesia. Ello entra en contraste con las relaciones impersonales e instrumentales propias de una ciudad o gran urbe. En este caso la fábrica es la institución social representativa. Una conclusión es que cuanto más compleja se haga la división del trabajo, más competitivas e individualistas se volverán las relaciones entre las personas. Tönnies llama comunidad al conjunto social orgánico y originario opuesto a la sociedad. En su artículo *Gemeinschaft und Gesellschaft* (1931), y en el cual resume las doctrinas expuestas en su libro del año 1887, Tönnies define la comunidad (*Gemeinschaft*) como el tipo de asociación en donde predomina la voluntad natural. La sociedad (*Gesellschaft*) es, en cambio, el tipo de comunidad formada y condicionada por la voluntad racional. Tönnies señala que no se trata de realidades, sino de tipos ideales, pues toda agrupación humana participa por así decirlo de los dos caracteres mencionados en proporciones diversas y cambiantes. Y en el primer capítulo de su libro Tönnies había opuesto la comunidad, como agrupación caracterizada por su vida real y orgánica, a la sociedad, agrupación o estructura de carácter mecánico. La contraposición entre lo orgánico y lo mecánico está, así, en la base de la sociología de Tönnies, pero el desarrollo en detalle de sus tesis no permite suponer que se trata de una contraposición abstracta; sólo los hechos histórico-sociológicos permiten, a su entender, dar contenido significativo a dicha concepción. La comunidad posee una estructura cuya unidad no es el producto de una adición o suma de elementos, sino un conjunto que, al surgir espontáneamente, posee todos los caracteres de una totalidad orgánica, mientras que la sociedad es el resultado del predominio de los elementos mecánicos, artificiales y racionales que sustituyen las unidades originarias de la familia, de la tribu y de la aldea por los conjuntos construidos mediante una reflexión consciente sobre los fines, como la gran ciudad o el Estado. Las relaciones comunitarias son de ligamen afectivo, personal, clánico, familiar, tribal, incluso nacional o na-

cionalista. Las relaciones asociativas son instrumentales, racionales, estratégicas, tácticas. En las primeras los hombres se tratan los unos a los otros como fines en sí, en las segundas como medios para conseguir ciertos fines. La familia es una comunidad mientras que una fábrica es una asociación. La nación es un concepto comunitario mientras que el estado es un concepto social. Esto no significa que no sean dos tendencias que coexisten en conflicto permanente, entrecruzándose, mezclándose, entrelazándose y generando las realidades sociales. Así, un gobierno (estado, asociación) puede apelar a sentimientos patrióticos (comunitarios) de sus ciudadanos, dando lugar a la manipulación instrumental y racional de masas movidas por sentimientos comunitarios. Tönnies plantea la relación entre las dos voluntades y las dos tendencias sociales de forma dialéctica y compleja.

Varios enfoques sociológicos estándar de mediados del siglo XX trataban el cambio de *Gemeinschaft* en *Gesellschaft* como si fuera una cuestión de un solo paso. Pero la evolución social no culminaba con las clases medias de la sociedad americana en los 1950s. Luego vendría lo que el sociólogo Daniel Bell caracterizó como sociedades post-industriales, que conocemos como sociedades de la información. *El fin de la ideología* y *Las contradicciones culturales del capitalismo* aparecieron en los suplementos literarios de la revista Times como dos de los 100 libros más importantes de la segunda mitad del siglo XX. *El fin de la ideología* fue muy influyente en la idea de que tanto la historia y la ideología fueron reducidos hasta lo insignificante debido a que las políticas occidentales y el capitalismo han triunfado. En esa época, Bell fue atacado por críticos políticos de izquierda. En general, la crítica a *El fin de la ideología* se concentraba en estos aspectos: que se trataba de una defensa del status quo post-1945; que minimizaba el debate político genuino en favor de la orientación tecnocrática de las élites sociales y culturales; y que era una sustitución de consenso por discurso moral. Fue desmentido por el retorno del descontento radical en política, marcado por las agitaciones juveniles de los años 1960s y 1970s en Occidente, y por el ascenso de políticas extremistas en el tercer mundo.

Uno de los principales desafíos del mundo moderno es si las democracias de la era de la información podrán mantener el orden frente al cambio tecnológico y económico. Desde el comienzo de los 1970s y el comienzo de los 1990s hubo un surgimiento de nuevas democracias en América Latina, Europa, Asia, y ex países comunistas. En *The End of History and the Last Man* Fukuyama sostuvo que existe una sólida lógica detrás de la evolución de las instituciones políticas hacia una democracia liberal moderna, basada en la correlación entre desarrollo económico y estabilidad democrática. Las instituciones políticas y económicas se han ido convirtiendo a través del tiempo en los países económicamente más adelantados del mundo, y no hay alternativas obvias a la vista. Pero esta tendencia no se nota en materia de desarrollo moral y social. La tendencia de las democracias liberales contemporáneas hacia un individualismo excesivo constituye su talón de Aquiles de largo plazo, lo cual se nota en la democracia más individualista, USA. El estado liberal moderno se basó en la noción de que, para obtener la paz política, el gobierno debía apartarse de los reclamos hechos por la religión y la cultura tradicional. Iglesia y Estado serían separados y habría pluralismo de opiniones con respecto a las cuestiones morales y éticas más importantes, los fines últimos o la naturaleza de dios. La tolerancia sería convertida en una virtud cardinal; en lugar de consenso moral habría una estructura transparente de leyes e instituciones que produjeran el orden social. Semejante sistema político no requería que la gente fuera particularmente virtuosa, sólo que fuera racional y siguiera los dictados de la ley en interés propio. En forma paralela, el sistema económico capitalista que acompañaría al liberalismo político sólo requeriría que la gente consultara sus intereses propios de largo plazo para lograr la producción y distribución óptima de los bienes.

Sobre estas premisas individualistas, las sociedades creadas funcionaron extraordinariamente bien. A fines del siglo XX, existen pocas alternativas a la democracia liberal y al capitalismo de mercado como principios fundamentales de organización de las sociedades modernas. El interés propio individual es una base sobre la cual se puede erigir una sociedad, de menor nivel pero más estable que la virtud. La creación de un estado de derecho se encuentra entre uno de los logros más orgullosos de la civilización occidental – y sus beneficios se tornan obvios cuando uno trata con países que carecen del mismo, como Rusia y China. Pero si bien la ley formal e instituciones políticas y económicas sólidas resultan críticas, de por sí no son suficientes para garantizar el éxito de una sociedad moderna, que también requiere que la democracia liberal dependa de ciertos valores culturales compartidos. Ello se puede observar en el contraste entre USA y los países latinoamericanos, como Argentina, Brasil, Chile, México – que obtuvieron su independencia en el siglo XIX y muchos de ellos establecieron sus sistemas legales según el patrón del sistema presidencialista de USA. Desde entonces, ni uno de ellos experimentó la estabilidad política, el crecimiento económico o la eficacia institucional logrados en USA, aunque muchos, afortunadamente, retornaron a gobiernos democráticos hacia fines de los 1980s. El principal motivo es uno de naturaleza cultural: USA se puso en funcionamiento gracias a población británica, heredando no sólo el derecho británico sino también su cultura, mientras que los países latinoamericanos fueron herederos de diversas tradiciones culturales ibéricas. Si bien la constitución de USA obliga a separar al Estado de la Iglesia, la cultura norteamericana resultó decisivamente influida en los años de formación por el protestantismo sectario. Éste, a su vez, reforzó tanto al individualismo norteamericano como a la tendencia de la sociedad a autoorganizarse en miríadas de asociaciones voluntarias y comunidades. La vitalidad de la sociedad civil norteamericana fue crucial tanto para la estabilidad de las instituciones democráticas del país como para su vibrante economía. En contraste, las tradiciones imperiales y de la Iglesia Católica de España y Portugal descansaron en la dependencia de instituciones centralizadas como el Estado y la Iglesia, debilitando a la sociedad civil independiente. En forma similar, la influencia de la herencia religiosa y de la tradición cultural de los países del Norte y del Sur europeo fue decisiva para moldear a sus instituciones. Las democracias liberales tienen el problema de que no pueden considerar a sus precondiciones culturales como dadas. Las más exitosas de ellas (incluyendo a USA) tuvieron suerte en aparear sólidas instituciones formales con una cultura informal flexible y de soporte. Pero no hay nada que garantice esta continuidad bajo la presión de las fuerzas tecnológicas y económicas. Más bien se puede esperar lo contrario: el individualismo, el pluralismo y la tolerancia incorporados en las instituciones formales tiende a alentar la diversidad cultural, socavando valores morales del pasado. Finalmente, una economía con innovación tecnológica por su naturaleza trastornará las relaciones sociales existentes. Tal vez debe admitirse que, si bien las instituciones políticas y económicas han evolucionado a lo largo de una tendencia secular, la vida social es de carácter más cíclico. Normas sociales que funcionan en un período histórico sufren trastornos por adelantos tecnológicos y económicos, y la sociedad debe ponerse siempre al día para establecer nuevas normas.

Desde los años 1960s hubo en Occidente una serie de movimientos de liberación tendientes a eliminar las trabas de las normas sociales y de las reglas morales sobre el accionar de los individuos: la revolución sexual, el movimiento feminista, y los movimientos de los 1980s y 1990s a favor de los derechos de gays y lesbianas. La liberación buscada se refería a reglas sociales, normas y leyes que restringían en forma indebida opciones y oportunidades de los individuos – ya se tratase de gente joven eligiendo a compañero/as sexuales, mujeres que buscan oportunidades para hacer carrera, o gays que buscan el reconocimiento de sus derechos. La psicología de la época, desde el movimiento por el potencial humano de los 1960s hasta la búsqueda de la

auto-estima de los 1980s, trató de liberar a los individuos de expectativas sociales sofocantes. Lo que es digno de ser notado es que las izquierdas y las derechas participaron de este movimiento, pero con énfasis distintos. Las primeras estaban preocupadas por los estilos de vida y las derechas por el dinero. La izquierda no deseaba que los valores tradicionales restringieran en forma indebida a las mujeres, las minorías, los desamparados, la gente acusada por crímenes, o a cualquier grupo marginado de la sociedad. Por otra parte, la derecha no deseaba que la comunidad fijara límites a lo que la gente quiere hacer con su propiedad – y, en el caso de Estados Unidos, con sus pistolas. Ambas denunciaron el individualismo excesivo de parte de la otra: los que sostenían la elección reproductiva tendían a oponerse a la elección de comprar pistolas o de autos que consumen nafta; aquellos que deseaban la elección ilimitada de los consumidores eran apaleados cuando se aflojaban las restricciones sobre los criminales. Ninguno quería abandonar su esfera preferida de libre elección con el propósito de restringir al otro. Pronto la gente descubrió que se presentan serios problemas con una cultura de individualismo desenfrenado, en la cual sólo queda en pie la regla de romper con las demás reglas. El primero tenía que ver con el hecho de que los valores morales y sociales no son simplemente restricciones arbitrarias sobre la elección individual, sino una precondition de cualquier tipo de empresa cooperativa. Recientemente, los científicos sociales han comenzado a referirse al acervo de valores humanos compartidos como “capital social”. Como el capital físico (tierra, construcciones, equipo durable de producción) y el capital humano (habilidades y conocimientos que llevamos en la cabeza), el capital social produce riqueza y constituye, por tanto, un valor para una economía nacional. También es prerequisite de toda forma de compromiso grupal que tiene lugar en una sociedad moderna, desde administrar el almacén de la esquina de la cuadra a ejercer influencias en el congreso para educar a los chicos. Los individuos amplifican su poder y capacidad siguiendo reglas cooperativas que restringen su libertad de elección, dado que de esa manera pueden comunicarse y coordinarse con los demás. Las virtudes sociales como la honestidad, la reciprocidad y los compromisos que se mantienen no son similares a los valores éticos, porque tienen un valor económico tangible y ayudan a los grupos que los practican a alcanzar sus fines compartidos. El segundo problema de una cultura individualista es que termina privando de comunidad. Una comunidad no se forma cada vez que un grupo de gentes interactúan entre sí; las verdaderas comunidades están ligadas mediante normas, valores y experiencias compartidas por sus miembros. Cuanto más fuertes y profundos sean estos valores comunes, mayor será el sentido de comunidad. El compromiso entre libertad personal y comunidad, empero, no parecerá obvio o necesario a muchos. A medida que la gente se fue liberando de sus lazos tradicionales con esposas, familias, vecinos, lugares de trabajo, e iglesias, han terminado esperando retener su conexión social. Pero han empezado a darse cuenta de que sus afinidades electivas, con las cuales toman contacto a voluntad, los han dejado solos y desorientados, esperando tener relaciones más profundas y permanentes. Una sociedad que se dedica a la permanente puesta en marcha de normas y reglas en el nombre de una creciente libertad de elección individual se encontrará finalmente desorganizada, atomizada, aislada, e incapaz de llevar a cabo fines y tareas comunes. Esa misma sociedad que no desea límites a la innovación tecnológica también buscará no imponer límites a muchas formas de la conducta humana, lo que tendrá como consecuencia un aumento de la criminalidad, familias deshechas, el fracaso de los padres en cumplir con sus obligaciones hacia sus hijos, el rechazo de cualquier vecino a asumir responsabilidades por otro, y el deseo de los ciudadanos de no participar en la vida pública.

Una explicación de lo sucedido A partir de 1965 un gran número de indicadores indican cómo el capital social experimentó cambios negativos en varias direcciones en forma rápida y simultánea. Hay 3 categorías:

El crimen Los norteamericanos saben que las tasas de criminalidad de los 1960s comenzaron a trepar en forma rápida. Lo cual significó un cambio dramático desde comienzos de fines de la II Guerra Mundial, cuando las tasas de asesinato y de robo habían disminuido. Luego de disminuir levemente en los 1980s las tasas de criminalidad crecieron nuevamente a fines de los 1980s y alcanzaron un pico en 1991-1992. Desde entonces, los crímenes violentos y contra la propiedad han caído en forma abrupta, más dramáticamente en aquellas áreas en que más habían aumentado – como las ciudades de New York, Chicago, Detroit y Los Ángeles. Aunque USA sea una excepción, hubo otros países desarrollados con altas tasas de criminalidad, y el crimen creció en casi todos los países desarrollados no asiáticos al mismo tiempo. El crimen violento aumentó en Canadá, Finlandia, Irlanda, Holanda, Suecia y Gran Bretaña. Los crímenes contra la propiedad – que son una medida más amplia de desorden – fueron más elevados en Canadá, Holanda, Nueva Zelanda y Suecia que en Estados Unidos, terminando con tasas más elevadas que en la generación pasada. [El cuadro [siguiente](#) indica la evolución reciente en nuestro país entre 2006 y 2008, según el INDEC.]

La familia Hubo cambios dramáticos del Gran Trastorno en materia de reproducción, familia, y relación entre los sexos. Las tasas de divorcio aumentaron en forma abrupta en todo el mundo desarrollado, excepto en Italia, donde el divorcio fue considerado ilegal hasta 1970, [y en otros países católicos como la Argentina, sobre la cual un artículo del diario Clarín de noviembre de 2005 decía que “Las parejas que se divorcian ahora no son como las que se separaban casi dos décadas atrás. Son más jóvenes, suman menos años de matrimonio y tienen hijos chicos. No se casan, como antes, a los 20 y pico: postergan el momento de formalizar el vínculo hasta los 30 y pico, y deciden que cada uno siga su camino tras pocos años de convivencia. Cada vez menos. Así —coinciden en estudios jurídicos especializados y juzgados civiles con competencia en familia consultados por Clarín— el promedio de duración del matrimonio se redujo en los últimos años a menos de la mitad: de 20 años pasó a 10, como máximo. Incluso, muchas parejas esperan hasta cumplir los tres años obligatorios que fija la ley para obtener el divorcio vincular. “La mayoría de las parejas que se divorcian hoy tienen entre 35 y 45 años”, informa Viviana Koffman, directora del Club de Divorciadas, una ONG que presta asesoramiento legal y contención psicológica. El dato surge de la estadística realizada sobre 500 divorcios tramitados durante los últimos tres años en Capital. “Muchas de estas parejas se casaron recién cuando lograron cierta seguridad profesional y económica. Y las mujeres —a diferencia de las generaciones anteriores—, tienen menos miedo a la separación, porque trabajan y hasta tienen mejores ingresos que sus ex esposos”, explica. Pero sus matrimonios son también más “breves”. Y llegan a la instancia del divorcio con hijos chicos, de entre 3 y 8 años. “La tenencia y la cuota alimentaria tornan más conflictivos estos procesos”, agrega Koffman. En los tribunales de familia consultados por Clarín confirman la tendencia. La titular del juzgado en lo Civil N° 102 de la Capital, Martha Gómez Alsina, afirma que cada vez más parejas se divorcian con pocos años de matrimonio: “Tal vez convivieron antes de casarse o estuvieron muchos años de novio, pero lo cierto es que en esta crisis mundial que atraviesan los vínculos, las parejas tienen cada vez menos paciencia”, reflexiona. Y apunta que “sólo una de cada 30 audiencias corresponde a una pareja que celebró o se acercó a las bodas de plata (25 años). Son casos excepcionales”. En el juzgado en lo Civil N° 7 coinciden. “Nos llama la atención lo vertiginoso que se ha tornado todo esto. Es más, hay momentos en que hemos tenido que contar dos veces el tiempo de casados para ver si la pareja está dentro del plazo (de 3 años) que fija la ley”, admiten en el tribunal. El caso de Jorge M., 45 años, profesor de educación física, de alguna manera ilustra este fenómeno. Tuvo un noviazgo corto: cuatro meses. Y después de cuatro años de casados, y una hija de 3, arribaron a la conclusión de que el amor entre ellos se

había terminado. "Los repetidos intentos por restablecer la relación y hasta las sesiones de terapia de pareja fueron en vano. Nos sirvió, sí, pero para tomar envión y poder alejarnos definitivamente, poder bajar la persiana", relata a Clarín. Los especialistas sostienen que en parejas con hijos chicos el divorcio está lejos de convertirse en un "corte". "Se prolonga en las relaciones con los chicos, en el régimen de visitas, la cuota alimentaria, el rendimiento escolar. La relación no se termina, se vuelve a prolongar en los hijos: es el post-divorcio, cada vez más complicado", analiza Haydée Birgin, abogada especializada en familia y titular de la ONG Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA). El divorcio de Jorge acaba de salir. El trámite —cuenta— demoró 4 años, lo mismo que duró su matrimonio. Ahora dice que está más tranquilo, que disfruta más la relación con su hija (actualmente de 7 años) y que hace dos meses y medio está de novio con una divorciada de 36 años —otro caso que confirma las estadísticas— con menos de 10 años de casada y una hija de 3. En las oficinas del Registro Civil llevan una estadística detallada de la edad de los contrayentes, pero no así de los que se divorcian. "Nuestra tarea es registrar la información de la sentencia judicial de divorcio en los márgenes del acta de casamiento. Por eso no se sigue el dato de a qué edad se divorcian", explica Ivana Centanaro, directora del Registro Civil de la Ciudad de Buenos Aires. Las estadísticas porteñas sí dan cuenta de que en los últimos seis años, la gente se casa menos entre los 20 y 24 años. Y, paralelamente, crece el número de los que lo hacen entre los 30 y 34. Pero, —siguiendo las fuentes consultadas por Clarín— esas uniones son cada vez más "fugaces". Será porque el matrimonio está desjerarquizado; porque hay menos hipocresía; porque los mandatos sociales ya no pesan. Debe haber más razones. Lo cierto es que hoy más gente entra al matrimonio y sale rápido."]

A mediados de los 1980s se esperaba que la mitad de los matrimonios americanos terminaran divorciándose, y la relación de gente divorciada a gente casada se cuadruplicó en treinta años. Los niños nacidos de madre soltera como proporción de los nacidos en USA aumentaron desde un 5 por ciento hasta un 32 por ciento entre 1940 y 1995. Este número estaba próximo al 60% en los países escandinavos; Gran Bretaña, Canadá y Francia alcanzaron un nivel semejante al de USA. Las probabilidades combinadas de padres solteros, divorcio y disolución de la relación de cohabitación entre padres (hecho común en Europa) significan que en muchos países desarrollados una cada vez más pequeña minoría de niños llegará a la edad de 18 dentro de un hogar constituido. También ha sido amenazada la función reproductiva de la familia: la fertilidad cayó en forma tan dramática en Italia, España y Alemania que se espera que perderán cerca de un 30% de población por generación, si no hay nueva inmigración neta.

La confianza Finalmente, cualquiera que haya vivido entre los 1950s a los 1990s en USA o en otros países occidentales no puede dejar de reconocer los cambios amplios que se produjeron en los valores en dirección hacia un creciente individualismo. Los datos de encuestas, así como las observaciones de sentido común, indican que es mucho menos probable que la gente acate la



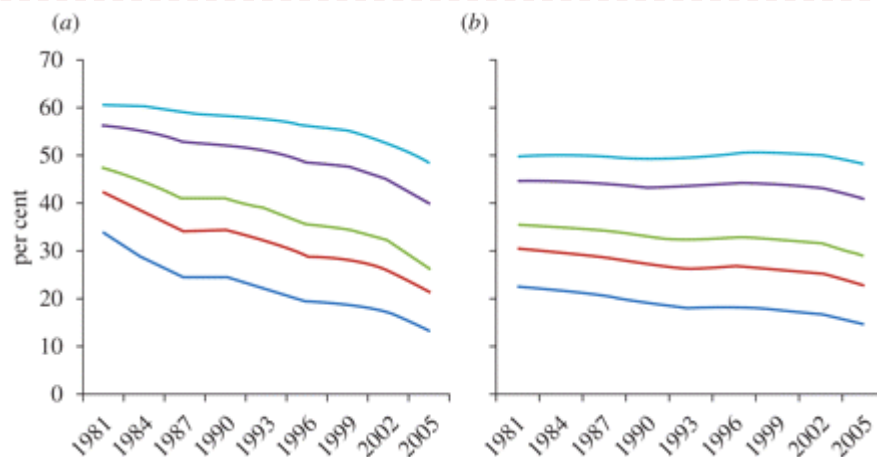
Robert Putnam

[*Bowling Alone: America's Declining Social Capital* 1995](#)

autoridad de un conjunto creciente de instituciones sociales. Por lo tanto, la confianza en las instituciones sufrió una caída importante. En 1958, el 73% de los norteamericanos encuestados decía que confiaban en que el gobierno federal hacía lo correcto “la mayoría de las veces” o “casi siempre”; en 1994 esta cifra se había derrumbado a 15%. Aunque son menos anti-estadistas que los norteamericanos, los europeos han tenido una declinación similar de confianza en instituciones tradicionales como la Iglesia, la policía y el gobierno. También se verifica que los norteamericanos confían menos los unos de los otros: aunque 10% más norteamericanos desconfiaban mucho más que los que confiaban en encuestas hechas en los años 1960s, en los 1990s los desconfiados habían crecido hasta un margen de un 30% sobre los confiados. El científico político Robert Putnam sugirió que la cantidad de grupos o de memberships a grupos de la sociedad civil bajó en ese período. En 1995 publicó un artículo sobre la declinación del capital social de USA en el *Journal of Democracy*. El artículo fue muy influyente y generó mucha atención, incluyendo una invitación para reunirse con el entonces presidente Clinton. En 2000 extendió este ensayo en el libro *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. La tesis de Putnam es que en los USA desde la década de los 1960s se ha producido un declive en la sociedad, el civismo y la vida política (capital social) de consecuencias negativas. Aunque midió este declive con muchos conjuntos de datos diferentes el argumento más importante fue que casi todas las organizaciones tradicionales cívicas, sociales y fraternales—usando como paradigma las ligas de bolos, sufrieron una grave disminución de miembros, mientras que el número de “los que juegan solos a los bolos” aumentó de modo tremendo. Putnam distingue entre dos clases de capital social: el *capital vínculo* y el *capital puente*. El vínculo se da cuando la persona se socializa con otros semejantes: de la misma edad, raza, religión, etc. Pero para crear sociedades pacíficas en un país multiétnico se necesita otra clase de vínculo, el que tiende puentes. Los puentes se tienden cuando se crean lazos con gente distinta, como los hinchas de otro equipo de fútbol. Putnam afirma que los que cuentan con ambos tipos de vínculos se fortalecen mutuamente. En consecuencia, el declive del capital vínculo inevitablemente produce el declive en el capital puente, lo que desencadena tensiones étnicas y religiosas. Lo que resulta claro es que lo que Fukuyama denomina el radio de confianza experimentó un declive, y que los lazos sociales se hicieron menos estrechos y de duración más breve.

Posibles causas del Trastorno Todos estos cambios requieren explicaciones complejas. Pero al moverse diversos indicadores sociales de un amplio grupo de países industrializados al mismo tiempo la tarea es más sencilla si se apunta a un nivel de explicación más general. Cuando el mismo fenómeno ocurre en una gran variedad de países, se pueden excluir explicaciones específicas a un único país – como la Guerra de Vietnam o Watergate. Tres argumentos que han sido utilizados son los siguientes: Los cambios fueron ocasionados por la creciente pobreza y desigualdad del ingreso; fueron producto del estado de bienestar; fueron resultante de un amplio cambio cultural que incluyó el declive de la religión y la promoción de la auto—gratificación individualista por encima de la obligación comunitaria.

Pobreza y desigualdad La gente pobre de USA tiene un mejor nivel de vida que muchos norteamericanos de las generaciones precedentes, y más riqueza por habitante que la gente de países del tercer mundo con estructuras familiares prácticamente intactas. Las tasas de pobreza, luego de declinar abruptamente en los 1960s y aumentar en forma leve a partir de entonces, no se han incrementado en tal forma como para explicar el enorme aumento del desorden social. El gráfico siguiente proporciona datos recientes del Banco Mundial.



Evolución reciente de la pobreza

(a) Nivel de pobreza de la población mundial (b) excluyendo China

En azul oscuro, \$1 por día; rojo, \$1.25 por día; verde, \$1.45 por día;

Púrpura, \$2 por día; azul claro, \$2.50 por día Fuente: World Bank

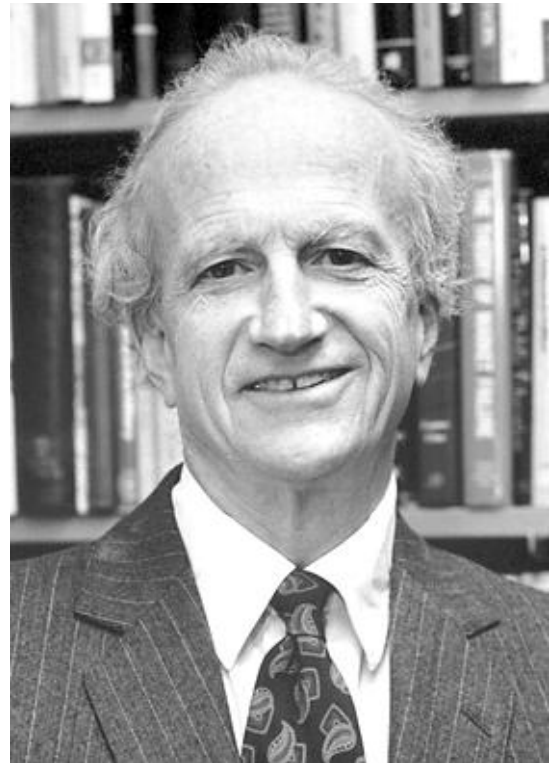
Development Indicators (2008) Citado en S.W. Sinding,

[Population, poverty and economic development](#) (2009)

Los que están a favor de la hipótesis económica sostienen que no es que los niveles absolutos de pobreza sean la fuente del problema: las sociedades modernas, pese a que tienen una riqueza elevada, se han vuelto más desiguales, o que han experimentado turbulencias económicas y pérdidas de puestos de trabajo que condujeron a la disfuncionalidad social. Pero si se echa un vistazo a los datos existentes sobre divorcios y tasas de ilegitimidad esta correlación no es correcta cuando las familias se destruyen. Las tasas más elevadas de ilegitimidad están en Suecia y Dinamarca, que son sociedades igualitarias que reciclan el 50% de su PIB a través del estado. USA recicla menos del 30% y tiene un mayor nivel de desigualdad, aunque tiene un menor nivel de ilegitimidad. Japón y Corea, que carecen de estados protectores mínimos para los pobres, también tienen dos de las tasas más reducidas de divorcio e ilegitimidad de la OECD. Decir que pobreza y desigualdad son causa del crimen es un lugar común de los políticos y votantes de las sociedades democráticas que buscan excusas para justificar programas de bienestar y contra la pobreza. Pero si bien hay abundante evidencia de una amplia correlación positiva entre desigualdad y crimen, ello no constituye de por sí una explicación plausible de las tasas de criminalidad crecientes en Occidente. No hubo depresión entre 1960 y 1990 que explique el aumento del crimen; en realidad, la ola de criminalidad empezó en un período de pleno empleo y de prosperidad. (En la práctica, durante la Gran Depresión bajó el crimen violento en los USA.) La mayor desigualdad en Norteamérica puede explicar hasta cierto grado por qué sus tasas de criminalidad son mayores que las de Suecia en todos los años, pero no da cuenta de por qué las tasas de Suecia continuaron creciendo en el mismo período que en USA. La desigualdad de ingresos continuó creciendo en USA en los 1990s aunque las tasas de criminalidad cayeron; en este período la correlación desigualdad-crimen es *negativa*.

El Gran Trastorno, causado por políticas de gobierno erróneas Ésta es la explicación preferida de los conservadores, formulada por Gary Becker y Charles Murray. El argumento es opuesto al de la izquierda: sostiene que los incentivos perversos creados por el estado de bienestar explican de por sí el aumento de las rupturas familiares y del crimen. El programa de bienestar norteamericano apuntaba a las mujeres pobres, la Ayuda a Familias con Hijos Dependientes (AFDC) de la depresión apuntaba sólo a madres solteras, castigando por consiguiente a las mujeres que se casaban con sus parejas y tenían hijos. Los USA terminaron con la AFDC mediante la reforma de 1996, en parte debido a argumentos ligados a sus incentivos perversos. No hay duda de que los beneficios de bienestar desalientan a trabajar y crean condiciones de “riesgo moral”. Menos claro es su impacto sobre la estructura familiar. En términos reales, los beneficios de bienestar se estabilizaron y empezaron a bajar en los 1980s, en tanto la tasa de rupturas familiares continuó sin disminución hasta mediados de los 1990s. Hay un analista que sugiere que hasta 15% de las rupturas familiares de USA podría ser atribuible a AFDC y otros programas de bienestar. La debilidad fundamental del argumento conservador es que la ilegitimidad sólo es parte de una historia más amplia de lazos familiares debilitados – una historia que incluye fertilidad a la baja, divorcio, cohabitación en lugar de casamiento, la separación de parejas en cohabitación, etc. La ilegitimidad se debe primaria, aunque no exclusivamente, a la pobreza en USA y en la mayoría de los países. El divorcio y la cohabitación, empero, prevalecen más entre las clases media y alta en todo Occidente. Resulta difícil atribuir las tasas de divorcio en aumento y las tasas de matrimonio en declive a los gobiernos, excepto en la medida que el estado haya hecho que el divorcio sea más fácil de obtener. Muchos conservadores ven al crimen en aumento como una reacción al debilitamiento de las sanciones criminales, que ocurrió por la misma época. Gary Becker, en [*Crime and Punishment*](#), considera que el crimen no es otra cosa que una forma de elección racional: cuando el beneficio bruto del crimen aumenta o cuando sus costos (en términos de castigo) bajan, serán cometidos más crímenes, y recíprocamente. Muchos conservadores sostenían que el crimen comenzó a aumentar en los 1960s porque la sociedad se había vuelto más permisiva y el sistema legal terminaba “mimando a los criminales”. Según este razonamiento, la aplicación más severa de las penas que había tenido lugar en USA en los 1980s – penas más duras, más encarcelamientos, más policías en las calles – había sido un motivo importante para que los crímenes cayeran en los 1990s.

Si bien mejores métodos policiales y penas más duras pueden haber tenido mucho que ver con las tasas de criminalidad declinantes de los 1990s, es difícil sostener que el recrudecimiento del crimen de los 1960s haya sido simplemente el resultado de la permisividad policial. Es cierto que en USA se obligó a sus fuerzas policiales y a los fiscales a actuar a favor de los intereses de los criminales demandados mediante decisiones de la Corte Suprema en los 1960s, en especial el caso *Miranda v. Arizona*. La Advertencia Miran-



Gary Stanley Becker (1930-2014)
Nobel 1992 [*The economic approach of looking at life*](#) (Nobel lecture)

da (*Miranda warning*) o Derechos Miranda (*Miranda rights*) es una advertencia que debe darse a un imputado que se encuentra en custodia de la policía de Estados Unidos, antes de que le hagan preguntas relativas a la comisión del ilícito. La policía puede requerir información biográfica como el nombre, fecha de nacimiento y la dirección del domicilio del sospechoso. Las confesiones no constituirán una prueba admisible en un juicio a menos que el imputado haya tenido conocimiento y haya ratificado su entendimiento de la Advertencia Miranda. La Advertencia Miranda fue ordenada por la Corte Suprema de los Estados Unidos en una decisión de 1966 respecto del caso *Miranda contra Arizona* como medio de protección para un imputado de evadir la auto-incriminación, prohibida por la Quinta Enmienda (derecho al silencio). Desde su creación por la Corte Warren, la Corte Suprema ha indicado que la Advertencia Miranda ha impuesto una prevención de seguridad en vez de la protección que exige el privilegio de la Quinta Enmienda. Pero la policía departamental aprendió rápidamente cómo acomodar las que eran preocupaciones perfectamente legítimas sobre el accionar policial. Hay una buena cantidad de teoría criminológica reciente que atribuye el crimen a una escasa socialización y a un control impulsivo que se da en los primeros años de vida. No se trata de que los potenciales criminales no respondan en forma racional al castigo; más bien se trata de que la educación influya mucho sobre la propensión a cometer crímenes o a responder a un nivel dado de castigo. Lo más relevante para entender un repentino recrudecimiento del crimen son los cambios en las instituciones sociales intermedias como las familias, los vecinos, y las escuelas que tuvieron lugar en el mismo período, y el cambio que la cultura más amplia impartió a los más jóvenes.

El Gran Trastorno, causado por un amplio cambio cultural Todo esto nos lleva a explicaciones culturales, las más plausibles de las tres. El creciente individualismo y el aflojamiento de los controles comunitarios condujeron a un gran impacto sobre la vida familiar, la conducta sexual, y la disposición de la gente a obedecer las leyes. ¿Cuál es el problema que presenta la explicación cultural? Pues que la cultura no es un factor, ya que no da cuenta en forma apropiada de la secuencia temporal: ¿por qué la cultura, que habitualmente evoluciona de forma muy lenta, habría mutado súbitamente con una rapidez extraordinaria a mediados de los 1960s?

En Inglaterra y USA el punto más elevado de control social comunitario fue el último tercio del siglo XIX, en la época en que se aceptaba en forma amplia el ideal de familia patriarcal conyugal victoriano y la sexualidad de los adolescentes se mantenía bajo un férreo control. El cambio cultural que socavó la moral victoriana puede ser apreciado en estratos múltiples: arriba estaba el reino de ideas abstractas de filósofos, científicos, artistas, académicos, y ocasionales vendedores ambulantes y el fraude, que asentaron la estructura intelectual de los grandes cambios. El segundo nivel era el de la cultura popular, versiones amplificadas de ideas más abstractas popularizadas en libros, diarios y otros medios periodísticos. Finalmente, estaba el estrato de la conducta real, ya que las nuevas normas implícitas en las ideas abstractas o populares se incorporaban en las acciones de grandes poblaciones. La caída de la moral victoriana puede ser rastreada en un número de desarrollos intelectuales a fines del siglo XIX y a principios del XX. Al nivel más elevado de pensamiento, el racionalismo occidental comenzó a socavarse al concluirse que no existe base racional para sostener normas universales de conducta. El que lo expresó en forma más contundente fue Friedrich Nietzsche, padre del relativismo moderno. En efecto, Nietzsche, en *Así habló Zaratustra*, expresó: “El propio hombre, el animal con mejillas rojas”, era un animal que crea valores, y que la multiplicidad de “lenguajes de bien y de mal” hablados por las distintas culturas humanas eran producto de la voluntad, que no tiene raíces ni en la verdad ni en la razón. El Iluminismo no había conducido a verdades evidentes sobre el derecho y la moral; en su lugar, había expuesto la infinita variabilidad de arreglos morales. Los intentos de anclar los valores en la naturaleza, o en Dios, estaban condenados a ser expuestos como actos volunta-

rios de los creadores de esos valores. El aforismo de Nietzsche “No hay hechos, sino interpretaciones” se transformó en la contraseña de generaciones posteriores de relativistas bajo los rótulos de deconstruccionismo y posmodernismo.

Socavar los valores victorianos en ciencias sociales fue al principio obra de psicólogos. John Dewey, William James y John Watson (fundador de la escuela conductista de psicología), por distintos motivos cuestionaron la noción cristiana y victoriana de que la naturaleza humana es pecaminosa en forma innata, y sostuvieron que los controles sociales estrictos sobre la conducta humana eran innecesarios para el orden social. Los conductistas sostuvieron que la mente humana es una *tabula rasa* de Locke que espera ser llenada de contenido cultural; lo cual implica que los seres humanos son mucho más maleables mediante la presión social y la policía que lo que hasta entonces se había creído. Por supuesto, Sigmund Freud tuvo una enorme influencia al sostener que las neurosis están ocasionadas por una represión excesiva de la conducta sexual. De hecho, la popularización del psicoanálisis acostumbó a toda una generación a hablar sobre sexo y a identificar todos los días problemas psicológicos en términos de libido y de su represión. Según un historiador, James Lincoln Collier, el año 1912 resultó crítico para la ruptura de normas sexuales en Estados Unidos. En ese período aparecieron nuevas danzas por todo el país, conjuntamente con la opinión de que las mujeres decentes sólo podían ser vistas en clubs de baile; aumentó la tasa de consumo de alcohol; el movimiento feminista comenzó fervorosamente; aparecieron el cine y la tecnología moderna de entretenimiento de masas; el modernismo literario, cuyo núcleo radicaba en la perpetua deslegitimización de los valores culturales establecidos, avanzó a mayor velocidad; y, según lo que se sabe de ese período, las costumbres sexuales comenzaron a cambiar. Collier sostiene que ya en los años 1920s habían sido sentadas las bases intelectuales y de conocimiento cultural de la revolución sexual de los 1960s entre los norteamericanos. Pero su difusión al resto de la población se retrasó por efecto de la Depresión y de la Segunda Guerra Mundial, que llevó a que la gente se concentrara más en su supervivencia económica y en su domesticidad que en auto-gratificarse y auto-expresarse, lo cual en otro caso no hubiera sucedido. ¿Cómo pueden ser explicados el ritmo y la velocidad de la transformación siguiente? Es sabido que la cultura tiende a modificarse muy lentamente en comparación con otros factores – condiciones económicas, políticas públicas, ideología. Se sostiene que en aquellos casos en que las normas culturales han cambiado rápidamente, como en las sociedades de modernización rápida del tercer mundo, el cambio cultural es arrastrado por el cambio socioeconómico y no constituye un factor autónomo. Otro tanto sucedió con la Gran Depresión: la prescindencia de los valores victorianos había ocurrido gradualmente por 2 o 3 generaciones cuando comenzó el gran trastorno; entonces, de pronto, la velocidad de cambio se aceleró enormemente. No resulta creíble que gente del mundo desarrollado haya decidido simplemente cambiar sus actitudes hacia cuestiones tan elementales como el matrimonio, el divorcio, la crianza de los hijos, la autoridad y la comunidad, en forma tan completa en el espacio de 2 o 3 décadas sin que el cambio de valores fuera arrastrado por otras fuerzas poderosas. Las explicaciones que vinculan las variables culturales con eventos específicos de la historia norteamericana tales como Vietnam, Watergate, o la contracultura de los 1960s evidencian aún más provincialismo: ¿Por qué las normas sociales fueron también trastornadas en otras sociedades, desde Suecia y Noruega a Nueva Zelanda y España? Debemos profundizar algo más en los elementos del Gran Trastorno.

Razones del crimen en aumento Suponiendo que las estadísticas criminales no sean una mera construcción estadística de una mejor cobertura informativa de la policía, entonces, ¿por qué creció el crimen tan dramáticamente en un período tan breve y en tantos países? ¿Por qué las tasas de criminalidad están comenzando a estabilizarse o a disminuir en USA y en varios

otros países occidentales? La explicación primaria y más directa de la criminalidad creciente de fines de los 1960s hasta los 1980s y en declive desde entonces, es de tipo demográfico. El crimen tiende a ser ejecutado por jóvenes machos de entre 15 y 24 años. Existe sin dudas una razón genética, vinculada con la propensión del macho a la violencia y la agresión, que significa que cuando la tasa de natalidad aumenta, la tasa de criminalidad aumentará entre 15 a 24 años más adelante. En USA los jóvenes comprendidos entre esas edades aumentaron en 2 millones entre 1950 y 1960, en tanto que en la década siguiente lo hicieron en 12 millones del mismo grupo etario – una avalancha que solamente puede ser comparada con una invasión de los bárbaros. La mayor cantidad de jóvenes no sólo aumentó el pool de criminales potenciales, sino además su concentración en una “cultura juvenil” pudo conducir a un aumento más que proporcional de esfuerzos para desafiar a la autoridad. Pero el *Baby Boom* sólo es parte de la explicación de la tasa de criminalidad creciente en los 1960s y 1970s. Un criminólogo estimó que el aumento de la tasa de crímenes en USA fue 10 veces mayor que lo que podría esperarse de cambios de la estructura demográfica solamente. Hay otros estudios que han demostrado que los cambios de estructura etaria no están demasiado correlacionados con los incrementos de crimen entre naciones. Una segunda explicación relaciona al crimen con la modernización y factores vinculados como la urbanización, la densidad poblacional, las oportunidades criminológicas, etc. Es una afirmación de sentido común que habrá más robos en las grandes ciudades que en las áreas rurales, ya que es más fácil que los criminales hallen automóviles y casas vacías en las primeras que en las segundas. Pero la urbanización y un entorno físico cambiante no son explicaciones adecuadas para la criminalidad creciente de los países desarrollados después de los 1960s. Ya en 1960 los países considerados estaban industrializados, con sociedades urbanizadas; no hubo repentinos traslados del campo a la ciudad en 1965. En USA la tasa de asesinatos es mucho más alta en el sur que en el norte, pese a que este último tiende a ser más urbanizado y densamente poblado. En realidad, la violencia en el sur es más bien un fenómeno rural, y quienes han estudiado el fenómeno creen que la explicación de la mayor criminalidad es de tipo cultural. Japón, Corea, Hong Kong y Singapur se encuentran entre los entornos más densamente poblados y abarrotados de gente de todo el mundo, y sin embargo no han experimentado tasas de criminalidad crecientes como lo sugiere la urbanización. Lo que sugiere que el entorno social humano resulta más importante que el físico al determinar los niveles de crimen. Mediante el eufemismo de “heterogeneidad social” se intenta una tercera categoría de explicación. Esto significa que en muchas sociedades el crimen tiende a concentrarse en minorías raciales o étnicas; en la medida que la sociedad se vuelva más diversificada desde el punto de vista étnico, como sucedió virtualmente con la mayoría de los países desarrollados en las dos últimas generaciones, es de esperar que aumente la criminalidad. Los criminólogos Richard Clowar y Lloyd Ohlin han argumentado que el motivo de que criminalidad y minorías estén probablemente relacionadas es que las minorías se mantienen alejadas de caminos legítimos de movilidad social de una manera que no se da en otras partes de la comunidad mayoritaria. En otros casos la mera heterogeneidad es culpable: los vecinos son demasiados diferentes en términos culturales, lingüísticos, religiosos o étnicos y no forman comunidades para hacer cumplir normas informales entre sus miembros. Pero sólo parte de la culpa de la criminalidad en USA puede atribuirse a la inmigración.

Una cuarta explicación indaga sobre cambios más o menos contemporáneos de la familia. La escuela de criminología predominante en USA sostiene que la socialización temprana de los niños es uno de los factores más importantes que determinan el nivel de criminalidad subsiguiente. Esto significa que los niños no eligen cada día cometer un crimen basándose en premios y riesgos, como sugiere la escuela de la elección racional. Mucha gente obedece a la ley, en

particular con respecto a ofensas serias, como resultado de hábitos aprendidos a edad temprana. Muchos crímenes son cometidos por criminales repetidos que fracasaron en aprender este auto-control básico. En muchos casos no actúan racionalmente sino presa de impulsos. Como fracasan en anticipar las consecuencias, no resultan disuadidos por la expectativa de un castigo.

[Steven Levitt, en un artículo aparecido en el *Journal of Economic Perspectives* sirve para complementar estos conceptos de Fukuyama.¹ Como se sabe, el crimen disminuyó sustancialmente en la década pasada. Y contra lo que sugieren los comunicadores televisivos no se trató de la mano dura en la ciudad de New York sino que el crimen disminuyó en todas partes y en todas sus manifestaciones. New York fue, es cierto, la gran ciudad donde la reducción del crimen fue mayor pero otras ciudades sin el alcalde Giuliani, como San Diego, Austin, San José o Seattle, experimentaron reducciones muy similares. Los asesinatos bajaron un 43% entre su pico de 1991 y el año 2001 “alcanzando su nivel más bajo en 35 años” o 5.5 homicidios cada 100,000 residentes. Los delitos violentos y contra la propiedad disminuyeron 34% y 29% resp. en el mismo período.

No faltan explicaciones. Un raconto sobre las aparecidas en los medios de comunicación muestra, entre las dominantes, las siguientes: 1) cambio en las estrategias policíacas, 2) aumento en las penas de encarcelamiento, 3) cambios en los mercados de crack u otras drogas duras, 4) envejecimiento de la población, 5) control de armas más exigente, 6) fortaleza de la economía y 7) aumento del número de efectivos policiales son las razones más mencionadas en ese orden. Levitt identifica seis causas usualmente citadas para explicar la reducción en el crimen pero que, “en la práctica, no parecen haber sido importantes.” Empecemos por una explicación popular: la fortaleza de la economía norteamericana que creció casi 30% entre 1991 y el año 2001. La estimación típica es que 1% de aumento en la tasa de desempleo da lugar a un aumento del 1% en los crímenes a la propiedad. El crimen violento, en cambio, “no varía sistemáticamente con la tasa de desempleo”. Más aun, el crimen en USA aumentó mucho en los 1960s cuando la economía creció de manera robusta. También se descarta otra explicación popular: el envejecimiento de los *baby boomers*. Como se sabe, las personas mayores cometen muchísimos menos crímenes que los jóvenes. Sin embargo, hay dos fuerzas que contrapesan, en términos de crimen, el efecto de la mayor edad. Primero, el aumento de la población de color negro que “por razones que son sólo parcialmente comprendidas tienen tasas más elevadas de victimización y delincuencia con relación a otros estadounidenses.” Segundo, porque “el eco del *baby boom* está llevando a un aumento transitorio en adolescentes y adultos jóvenes”, un grupo etario de alta participación en el crimen. Por lo tanto, el impacto de la demografía cambiante no es importante cuando se consideran los tres factores en conjunto.

Luego Levitt se ocupa de los muy publicitados cambios en la estrategia policial que puso en práctica el Alcalde Giuliani en New York y otros, con menos prensa, que tuvieron lugar en otras comunidades. Levitt se muestra “escéptico” de que estos factores sean significativos y se ocupa entonces del caso New York. Primero, sostiene, Giuliani se hizo cargo de la alcaldía en 1993 pero el crimen ya había empezado a disminuir de manera importante en 1990. A excepción de la tasa de homicidios, no hay ningún cambio en la tendencia descendente del crimen de 1993 en adelante. Además, el cambio en las estrategias policíacas tuvo lugar al mismo tiempo que aumentaba sustancialmente el número de efectivos: en la década bajo estudio, la policía de New York creció 45%, 3 veces más que el promedio nacional. Las propias estimaciones de Levitt sugieren

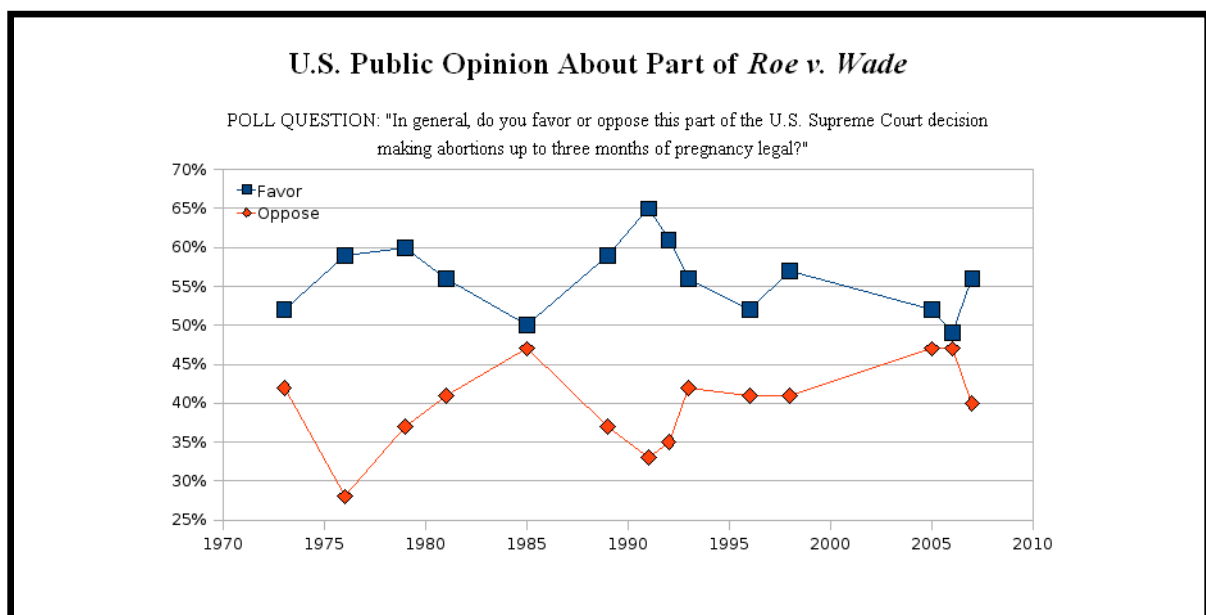
¹ Steven D. Levitt, [*Understanding Why Crime Fell in the 1990s: Four Factors that Explain the Decline and Six that Do Not*](#), 2004.

que el aumento mayor en la cantidad de policías alcanza para explicar la disminución en el crimen. No sería entonces la mano dura sino la existencia de más manos, lo que explica la caída en los delitos. También refuta que el endurecimiento de las regulaciones para la compra de armas tenga algún impacto sobre todo por la existencia de un mercado negro de compraventa de armas. El fracaso de estas regulaciones – ironiza– no debería ser una sorpresa para los economistas.

¿Acaso el hecho de que se cuadruplicó el número de ejecuciones de criminales pudo haber influido en la disminución en el crimen? El debate lleva ya tres décadas. Más importante, las ejecuciones tienen lugar ocasionalmente (478 en la década en estudio) y con demoras, ¿por qué un criminal racional habría de tenerlas en cuenta? Más aun, si los estudios que encuentran que la pena de muerte es efectiva y que sostienen que cada ejecución previene 6 asesinatos fueran correctos entonces ello no explicaría más que 1/25 de la disminución del crimen observada.

Entonces ¿cuáles son los factores que explican la baja en el crimen? Primero, el aumento del número de efectivos policiales que de acuerdo con estimaciones de Levitt explica entre una quinta y una décima parte del menor crimen. Segundo, el aumento de la población encarcelada que aumentó en casi 1 millón de personas en los años 1990s y que da cuenta de un tercio de la reducción en el delito. Luego, la pérdida de importancia de la epidemia de crack que comenzó hacia 1985. Hay pocos estudios disponibles pero un análisis del crimen en 1988 en la ciudad de New York muestra que un 25% estaba relacionado con el crack, aunque prácticamente todos con su *distribución* antes que con adictos delinquiendo.

El cuarto factor, quizás el más llamativo, es el impacto de la decisión de la Suprema Corte de



Justicia de los USA en 1973, [Roe versus Wade](#), que invalidó todas las leyes estatales que restringían el acceso a un aborto durante el primer trimestre de embarazo. En la práctica, esta decisión legalizó el aborto en USA. La evidencia sugiere cada vez más que esta decisión explica en buena medida la disminución del crimen. La teoría se “basa en dos premisas: 1) los hijos no deseados corren mayores riesgos con relación al crimen y 2) la legalización del aborto reduce el número de hijos no deseados.” Con relación a la primera premisa, hay clara evidencia para demostrar el impacto negativo de un ambiente hogareño adverso en la criminalidad. En cuanto a la segunda premisa, la evidencia sugiere que la legalización del aborto está asociada con una disminución del 5% en los nacimientos que, a su vez, es el doble para madres adolescentes ne-

gras. Además, la legalización del aborto disminuyó “dramáticamente” el número de adopciones y de infanticidios. Las investigaciones muestran que aquellos estados que permitieron el aborto 3 años antes que *Roe versus Wade* experimentaron una disminución del crimen antes que el resto de la nación.

Finalmente Levitt concluye su análisis especulando acerca del futuro: el aumento de los efectivos policiales y la legalización del aborto deberían seguir contribuyendo a menos crímenes pero la disminución será menos espectacular que en la década pasada. [Obviamente el análisis parece ser aplicable sólo al caso de EE.UU. pero es difícil no pensar que hay lecciones que, con cuidado, no puedan deducirse para el caso argentino. Para nuestro país contamos con el documento de Ana María Cerro y Osvaldo Meloni, [Determinants of the Crime Rate in Argentina During the 90's](#) (Estudios de Economía, diciembre 2000). Utilizan el modelo teórico de Becker y obtienen como resultado la existencia de un efecto significativamente disuasivo. Utilizando un modelo econométrico, para el período 1990-1999 estimaron que un aumento del 10% de ser arrestado disminuiría la tasa de criminalidad en 3.38%, mientras que un aumento del 10% de la probabilidad de sentencia lo haría en un 2.67%. También hallan que la tasa de criminalidad depende fuertemente de factores socio-económicos (por ejemplo, un aumento de la tasa de desempleo y de otros indicadores de desigualdad tiene un impacto positivo sobre la tasa de criminalidad). “Como señalara Adam Smith, el nivel del PIB tiene signo positivo y significativo, lo cual implica que las zonas más ricas atraerán a los criminales, pero su tasa de crecimiento tiene signo negativo (aunque no significativo), lo cual significa que – como es de esperar – un aumento de la tasa de crecimiento del PIB reducirá la tasa de criminalidad.”]

Razones de la Creciente Desconfianza En el plano de la confianza, de los valores, y de la sociedad civil, se requiere explicar dos aspectos: por qué se produjo un amplio declive de la primera, tanto en las instituciones como en la otra gente, y cómo es posible reconciliar el paso de la sociedad hacia una situación de menos normas compartidas con el crecimiento aparente de los grupos y de la densidad de la sociedad civil. Razones para la caída de la confianza han sido discutidas in extenso. Como señaló Robert Putnam podría estar asociada con la TV, dado que la primera cohorte que creció viendo TV fue la que experimentó la caída más precipitada de su nivel de confianza. El contenido de la TV no sólo genera cinismo al concentrarse en sexo y violencia, sino también los norteamericanos invierten un promedio de más de 4 horas diarias viendo TV lo cual limita sus oportunidades de realizar actividades sociales frente a frente. Pero es probable que un fenómeno amplio como la caída de confianza tenga un número de causas entre las cuales la TV es sólo una. Tom Smith y Jibum Kim (National Opinion Research Center) realizaron un análisis estadístico de una encuesta de confianza ([Using the Multi-Level Integrated Database Approach](#), 2009) y se halló que la falta de confianza está correlacionada con un bajo status socioeconómico, status minoritario, eventos vitales traumáticos, polarización religiosa, y juventud. Los pobres y analfabetos tienden a ser más desconfiados que los que se encuentran en una situación económica satisfactoria o que los alfabetos. Los negros son típicamente más desconfiados que los blancos, y hay cierta correlación entre desconfianza y status de inmigrante. Los eventos vitales traumáticos incluyen, sin ser una sorpresa, haber sido víctima del crimen y tener un mal estado de salud. La desconfianza está asociada tanto con quienes no asisten a la iglesia como con los fundamentalistas. Y la gente joven es menos confiada que la de mayor edad. ¿Cuál de estos factores pudo haber cambiado desde los 1960s para explicar la caída de confianza? La desigualdad del ingreso aumentó levemente, y Eric M. Uslaner ha sugerido que esto puede estar asociado con el crecimiento de la desconfianza. Este autor (ver [The Bulging Pocket and the Rule of Law: Corruption, Inequality, and Trust](#), 2005) se concentra en el poder de la corrupción para minar la confianza: *La corrupción no es fácil de ser erradicada si está basada en*

la asignación de recursos (desigualdad económica) y en la cultura de la sociedad (la confianza de la gente puede ser diferente de la suya). Cambiar las instituciones puede no ser fácil, pero esta dificultad empalidece en comparación con darle una nueva forma a la cultura societaria o a la distribución de la riqueza (y del poder). La corrupción, la desigualdad, y la confianza son todas "rigideces": no cambian demasiado a través del tiempo. Empero, no todo está perdido: las elecciones de políticas que hacen los países también pueden dar forma a la corrupción. Los países con un elevado grado de regulación de los negocios tienen mayor corrupción. A su vez, el nivel de regulación está formado por la equidad del sistema legal, el grado de apertura de la economía, y si el gobierno es militar o civil. El crimen aumentó en forma ocasional desde mediados de los 1970s a mediados de los 1990s, y tiene mucho sentido que alguien que fue víctima de un crimen, o que ve por TV una cabalgata diaria de historias de crímenes truculentos en los noticieros, sienta desconfianza, no por sus vecinos y su familia, sino por el mundo que lo rodea. Luego, el crimen parece constituir una explicación importante del incremento de desconfianza post-1965, conclusión que se sustenta en más documentos.

El otro cambio social importante que condujo a experiencias vitales traumáticas ha sido el aumento de los divorcios y la ruptura de los lazos familiares. Es de sentido común que niños que han experimentado el divorcio de sus padres, o que tienen que compartir sus hogares con un conjunto de amigo/as de uno solo de ellos, sean cínicos sobre los adultos en general, lo cual puede ayudar mucho para explicar los crecientes niveles de desconfianza de las encuestas. Empero, pese a la caída aparente de la confianza, existe evidencia de que aumentan los grupos y la pertenencia a grupos. La forma obvia de reconciliar estos dos factores es notar una reducción del radio de confianza. Esta es la forma apropiada de interpretar los datos sobre los valores o sobre la sociedad civil en todo el mundo. Es decir, la gente continúa teniendo normas y valores que constituyen capital social, y se juntan con grupos y organizaciones en número más amplio. Pero los grupos cambiaron en forma dramática. La autoridad de las organizaciones más amplias ha disminuido, y la importancia en la vida de la gente de una gran cantidad de asociaciones más pequeñas ha crecido. Más que estar orgulloso de pertenecer a una poderosa central laboral o trabajar para una gran empresa, o de haber prestado servicios en las fuerzas armadas, la gente se identifica socialmente con clases locales aeróbicas, una secta New Age, un grupo de sostén co-dependiente, o una sesión de chat en internet. En lugar de buscar valores de la autoridad en la iglesia que alguna vez forjó la cultura societaria, la gente toma y elige sus valores sobre una base individual, de un modo más adecuado a pequeñas comunidades.

Este cambio a grupos de radio reducido se refleja políticamente en el crecimiento casi universal de grupos de interés a expensas de partidos políticos de base amplia. Partidos como la Democracia Cristiana de Alemania y el Partido Laborista inglés adoptan una postura ideológica coherente sobre una variada gama de cuestiones enfrentadas por la sociedad, desde la defensa nacional al bienestar social. Aunque de común están basados en los intereses de una clase social particular, estos partidos unifican formando una amplia coalición de intereses y personalidades. Los grupos de intereses, por otra parte, se concentran en cuestiones únicas tales como salvar a los bosques tropicales, o promover la cría de aves de corral en el Midwest superior; pueden ser de alcance transnacional, como el Panel Intergubernamental de Cambio Climático (IPCC) pero tienen mucho menos autoridad, tanto en la gama de cuestiones que manejan como en la cantidad de gente que arrastran.

Los norteamericanos al igual que los europeos contemporáneos persiguen fines contradictorios. Se han vuelto crecientemente desconfiados de cualquier autoridad, política o moral, que restrinja su libertad de elección, pero también desean un sentido de comunidad y de las cosas buenas

que fluyen de la misma, como el mutuo reconocimiento, la participación, la pertenencia y la identidad. Por lo tanto, la comunidad debe buscarse en grupos más pequeños y más flexibles y organizaciones cuya lealtad y membrecía puedan solaparse, en los cuales los costos de entrada y salida sean relativamente bajos. De esta forma la gente es capaz de reconciliar sus deseos contradictorios de autonomía y comunidad. Pero en esta negociación obtienen una comunidad más pequeña y débil que la mayoría de las que existieron antes. Cada comunidad comparte en menor medida con vecinos, y carece de poder de control sobre sus miembros. Necesariamente, el círculo en el que la gente puede confiar es más estrecho. La esencia de este cambio de valores en el centro del Gran Trastorno, por consiguiente, es el crecimiento del individualismo moral y la consiguiente miniaturización de la comunidad. Estas explicaciones sirven para explicar, en parte, por qué los valores culturales cambiaron después de los 1960s. Pero en el núcleo del Gran Trastorno hay un cambio de valores referidos al sexo y a la familia – un cambio que merece consideración especial.

Hombres que se portan mal Si bien puede decirse con seguridad que el rol materno está basado en la biología, el rol paterno es hasta cierto grado una construcción social. Según Margaret Mead, “en algún momento de los albores de la historia humana, un invento social permitió que los machos comenzaran a nutrir a las hembras y a sus crías.” ([Male and Female](#) [1949]). Como se trata de una conducta aprendida, el rol del macho de proveer a la familia está sujeto a trastornos. Según Mead “la evidencia sugiere que la frase debería ser escrita de modo diferente: que los hombres tienen que aprender a proveer a otros, y que esta conducta, al ser aprendida, es frágil y puede desaparecer bastante fácilmente si se dan condiciones sociales que dejan de transmitirse.” En otros términos, el rol de los padres está sujeto a variación según la cultura y la tradición, desde una participación intensa en la nutrición y educación de los hijos hasta una presencia más distante como protector y partidario de la disciplina y su posible ausencia como un mero apoyo económico. Resulta muy esforzado separar a una madre de sus hijos natales; en contraste, sólo involucra algo de esfuerzo hacer lo mismo con su padre.

Cuando consideramos el parentesco y la familia en este contexto, es más fácil comprender por qué las familias nucleares comenzaron a separarse a una velocidad tan elevada a lo largo de dos generaciones. El lazo familiar era relativamente frágil, basado en un intercambio de fertilidad femenina por recursos masculinos. Antes del Gran Trastorno, todas las sociedades occidentales tenían en funcionamiento un complejo de leyes, reglas, normas, y obligaciones, formales e informales, para proteger a las madres y los hijos limitando la libertad de los padres a “plantar” a una familia y comenzar otra. Hoy la gente tiende a ver al matrimonio como una especie de celebración pública de la unión sexual y emocional entre dos adultos, forma en que los matrimonios gay han llegado a ser posibles en USA y en otros países desarrollados. Pero resulta claro que históricamente la institución del matrimonio existió para otorgar protección legal a la unidad madre-hijos, y asegurar que el padre otorgara recursos económicos adecuados suficientes para que los niños crecieran como adultos viables.

¿Qué explica la ruptura de estas normas que obligan al macho, y de la negociación que descansaba en ellas? En la temprana posguerra hubo dos cambios importantes. El primero involucró adelantos en la tecnología médica – especialmente control de la natalidad y aborto – que permitieron a las mujeres mejorar el control sobre su propia reproducción. El segundo fue el movimiento femenino hacia el sector asalariado en la mayoría de los países y el crecimiento firme de sus ingresos – horarios, y de por vida – con relación al de los hombres durante los siguientes 30 años.

El control de la natalidad no sólo significó que se redujera la fertilidad. Es cierto que, si el efecto del control de la natalidad fuera reducir el número de embarazos no deseados, resulta difícil explicar por qué su advenimiento fue acompañado por una explosión de hijos ilegítimos y un alza de la tasa de abortos, o por qué el uso del control de la natalidad está positivamente correlacionado con la ilegitimidad a lo largo de la OECD. El principal impacto de la píldora y de la revolución sexual— como fue demostrado por los economistas Janet Yellen, George Akerlof y Michael Katz — fue alterar en forma dramática los cálculos sobre los riesgos del sexo, cambiando conductas tercas como una mula. La razón de que las tasas de uso del control de la natalidad, abortos e ilegitimidad aumentaran en forma conjunta se debe a que una cuarta tasa — la cantidad de casamientos forzados — declinó sustancialmente al mismo tiempo. Estos economistas calcularon que en el período 1965-1969 cerca de un 59% de parejas blancas y 25% de negras estaban encintas al llegar al altar. Evidentemente, la gente joven tuvo mucho sexo prematrimonial en esos años, pero las consecuencias sociales de criar hijos nacidos fuera del matrimonio fueron mitigadas por la norma de responsabilidad del macho por los hijos producidos. En 1980-1984 los porcentajes habían caído a 42% y 11%, respectivamente. Como el control de la natalidad y los abortos permitieron que las mujeres por primera vez tuvieran sexo sin preocuparse por sus consecuencias, los hombres se sintieron liberados de las normas que requerían cuidar de las mujeres una vez encintas.

El segundo factor que cambió la conducta de los machos fue la entrada de las mujeres en la fuerza laboral remunerada. El argumento de que el ingreso familiar está vinculado con la ruptura familiar es aceptado por varios economistas y fue elaborado más plenamente por Gary Becker en su *A Treatise on the Family* (1981, 1991). El supuesto que está atrás es que uno entra en un contrato matrimonial bajo condiciones de información imperfecta: una vez casado, hombre y mujer descubren que la vida no es una luna de miel perpetua, que la conducta de la esposa cambió con respecto a lo que era antes del matrimonio, o que sus propias expectativas hacia su compañero/a han cambiado. Cambiar una esposa por otra nueva, o deshacerse de una pareja abusadora, eran conductas restringidas por el hecho de que muchas mujeres carecían de habilidades laborales o de experiencia y así dependían de sus maridos. Al crecer el ingreso de las hembras, las mujeres fueron más capaces de sostenerse a sí mismas y de criar a sus hijos sin un marido. Los ingresos crecientes de las hembras también elevan los costos de oportunidad de tener hijos, y disminuyen por consiguiente la fertilidad. Menos hijos significan una menor cápi-ta conjunta del matrimonio (según Becker), lo que hace que el divorcio sea más probable. Una consecuencia más sutil de la entrada de la mujer a la fuerza laboral fue que la norma de responsabilidad del macho se debilitó aún más. Divorciándose de una esposa dependiente, un marido tendría que enfrentar la perspectiva de pagar una pensión por alimentos, o bien ver que sus hijos se deslizan hacia la pobreza. Con muchas mujeres que ganaban ingresos que rivalizaban con los de sus maridos, éste dejó de ser en gran medida un problema. El debilitamiento de la responsabilidad del macho, a su vez, reforzó la necesidad de las mujeres de armarse de capacidad laboral de manera de no resultar tan dependientes de maridos poco confiables. Si la probabilidad de que el primer matrimonio termine en divorcio es sustancial, la mujer contemporánea estará loca si no se prepara a sí misma para trabajar.

El declive de las familias nucleares en occidente tuvo fuertes efectos negativos sobre el capital social y estuvo relacionado con un incremento de la pobreza de la gente en la parte más baja de la jerarquía social, con una criminalidad creciente, y finalmente con un declive de la confianza. Pero señalar las consecuencias negativas para el capital social de los cambios de la familia no implica echar la culpa de estos problemas a las mujeres. El ingreso de la mujer a la población económicamente activa, la brecha firme de ingresos con los hombres, y la mayor capacidad de

las mujeres en controlar su fertilidad son en gran medida hechos positivos. El cambio más importante de las normas se produjo en la que dictaba la responsabilidad del macho por las hembras y sus hijos. Aunque el cambio se haya producido como consecuencia del control de la natalidad y los ingresos crecientes de las hembras, los hombres fueron los culpables de las consecuencias. Y no es cuestión de que los hombres siempre se hayan comportado bien con anterioridad: la estabilidad de las familias tradicionales se compraba a un precio elevado, en términos de sufrimiento físico y emocional, así como de oportunidades perdidas – costos que recaían en forma desproporcionada sobre los hombros de las mujeres. Por otro lado, estos cambios de los roles de los géneros no han sido todo lo bueno que, sin ambigüedad, pretendían algunas feministas. Hubo pérdidas que acompañaron a estos beneficios, que recayeron en forma desproporcionada sobre los hombros de los hijos. Esto no es sorprendente, ya que, dado que el rol de la hembra tradicionalmente estuvo centrado en la reproducción y en la crianza de sus hijos, es imposible esperar que la salida de la mujer del hogar hacia el mercado de trabajo no tenga consecuencias sobre las familias.

Cabe señalar que las propias mujeres muchas veces perdieron con estos cambios. Las ganancias laborales de las mujeres en los 1970s y 1980s no fueron, en su mayoría, tan glamorosas como los ingresos del personaje de la serie de TV Murphy Brown, sino que estuvieron ocupadas en el sector servicios de bajo nivel. A cambio de una magra independencia financiera, muchas mujeres encontraron que sus maridos las abandonaban por esposas o amigas más jóvenes. Como las mujeres mayores, sexualmente hablando, son consideradas menos atractivas que los hombres mayores, tuvieron menor probabilidad de volver a casarse que los maridos que las abandonaban. La ampliación de la brecha de los hombres entre ricos y pobres tuvo su contrapartida: mujeres educadas, ambiciosas y con talento rompieron las barreras y demostraron que podían tener éxito en ocupaciones masculinas, aumentando su ingreso; pero muchas de menor nivel educativo, con menores ambiciones y menor talento sintieron que el piso se hundía debajo de sus pies, mientras trataban de criar por su cuenta a sus hijos dependiendo de tareas mal pagas o de la seguridad social. Nuestra conciencia de este proceso está distorsionada porque las mujeres que hablan y escriben y dan forma al debate público sobre cuestiones de género provienen casi exclusivamente de la primera categoría. En contraposición, los hombres provienen casi en forma pareja de ambas. Aunque muchos perdieron status e ingreso en forma sustancial, otros (tal vez los mismos) se liberaron de las responsabilidades agobiantes por sus esposas e hijos. Hugh Hefner no inventó el estilo Playboy en los 1950s; el acceso ocasional a mujeres múltiples fue gozado por los poderosos, los ricos, los hombres de alto status a través de la historia, y ha constituido uno de los principales motivos para perseguir poder, riqueza, y status elevado en primer término. Lo que cambió después de los 1950s fue que hubo mucha gente común que pudo vivir las vidas de fantasía del hedonismo y de la poligamia en serie reservadas a un pequeño grupo de la alta sociedad. Uno de los grandes fraudes del Gran Trastorno es que la noción de revolución sexual es neutra con respecto al género, siendo igualmente benéfica para mujeres y hombres, y que de algún modo está emparentada con la revolución feminista. En realidad, la revolución sexual sirvió a los intereses de los hombres, y al final puso límites estrictos a los beneficios que las mujeres podrían haber esperado, de no ser por ella, a partir del momento de liberarse de su rol tradicional.

La Reconstrucción del Orden Social ¿Cómo será posible reconstruir el capital social en el futuro? El hecho de que la cultura y la política pública otorgan a las sociedades algún control sobre el ritmo y grado de trastorno no constituye a largo plazo una respuesta de cómo será establecido el orden social a comienzos del siglo XXI. Japón y algunos países católicos pueden haber logrado mantener los valores de la familia tradicional por más tiempo que los países escandina-

vos o el mundo anglo-parlante, lo cual puede haberles ahorrado algunos costos sociales experimentados por estos últimos. Pero resulta difícil imaginar que serán capaces de mantenerlos a lo largo de las generaciones venideras, y mucho menos restablecer algo semejante a la familia nuclear de la era industrial, con el padre trabajando y la madre quedándose en casa para educar a los niños. Este resultado no sería deseable, aunque fuera posible. Luego parece que estamos atrapados en circunstancias embarazosas: ir adelante compromete niveles crecientes de desorden y de atomización social, y al mismo tiempo se nos ha cortado la línea de retirada. ¿Significa esto que las sociedades liberales contemporáneas están destinadas a descender hacia un creciente declive moral y la anarquía social, hasta explotar? ¿Estaba Edmund Burke y otros críticos de la Ilustración en lo cierto al afirmar que la anarquía era un producto inevitable del esfuerzo de reemplazar tradición y religión por razón? Para Fukuyama la respuesta es no, por el motivo de que somos seres humanos diseñados para crear reglas morales y un orden social para nosotros mismos. La falta de normalidad – llamada por el sociólogo Émile Durkheim “anomia” – nos resulta profundamente repugnante, y siempre buscaremos crear nuevas reglas que reemplacen las que fueron dejadas de lado. Si la tecnología significa que viejas formas de la comunidad son difíciles de sostener, entonces buscaremos nuevas formas, y usaremos nuestra razón para negociar arreglos adecuados a nuestros intereses subyacentes, necesidades y pasiones.

Para entender por qué la situación presente no es tan desesperante como parece, se requiere considerar los orígenes del orden social per se, a un nivel más abstracto. Varias discusiones sobre la cultura tratan al orden social como si fuera un conjunto estático de reglas legadas por generaciones anteriores. Si estuviéramos atrapados en un país con un bajo capital social o de bajo nivel de confianza, nada podría hacerse acerca de ello. Por supuesto, es cierto que la política pública está relativamente limitada por su capacidad de manipular la cultura, y que las mejores políticas públicas son las que se forman conscientes de las restricciones culturales. Mas la cultura es una fuerza dinámica, que está siendo constantemente rehecha – no por los gobiernos sino por las interacciones de miles de individuos descentralizados que constituyen una sociedad. Y aunque la cultura tiende a evolucionar de forma más lenta que las instituciones sociales y políticas formales, a pesar de todo se va adaptando a las circunstancias cambiantes.

Sabemos que el orden y el capital social tienen dos amplias bases de soporte. La primera, biológica, surge de la propia naturaleza humana. Hay evidencia creciente de las ciencias de la vida de que el modelo estándar de las ciencias sociales resulta inadecuado, y que los seres humanos nacen con estructuras cognitivas preexistentes y aptitudes de aprendizaje según su edad que los conducen de modo natural a integrarse socialmente. En otras palabras, existe algo así como una naturaleza humana. Para los sociólogos y antropólogos la existencia de una naturaleza humana significa que el relativismo cultural debe ser replanteado, y que es posible distinguir entre universales culturales y morales que, usados con buen criterio, podrían ayudar a evaluar prácticas culturales específicas. Aún más, la conducta humana no es tan plástica y manipulable como esas disciplinas han supuesto a lo largo del siglo XX. Para los economistas, la naturaleza humana implica que el punto de vista sociológico de los seres humanos como seres inherentemente sociales es más preciso que el modelo individualista que suelen utilizar. Y para los que no son ni lo uno ni lo otro, una humanidad esencial confirma cierto número de malentendidos sobre cómo piensa y actúa que han sido negados por generaciones antiguas de científicos sociales – por ejemplo, que el hombre y la mujer son de naturaleza diferente, que somos criaturas políticas y sociales con instintos morales, etc. Este punto de vista es muy importante, ya que significa que el capital social tiende a ser generado por los seres humanos instintivamente.

La revolución biológica en curso en la segunda mitad del siglo XX tiene diversas fuentes. Los adelantos más asombrosos provienen de la biología molecular y de la bioquímica, donde el descubrimiento de la estructura del ADN condujo a que emergiera toda una industria dedicada a la manipulación genética. En neurofisiología se han realizado grandes adelantos al entenderse las bases químicas y fisiológicas de los fenómenos psicológicos, incluso una percepción emergente de que el cerebro no es una máquina de cálculo de propósito general sino un órgano muy modulado con aptitudes especialmente adaptadas. Finalmente, a nivel de la conducta macro, se ha realizado una tremenda investigación en materia de etología animal, genética del comportamiento, primatología, psicología evolutiva y antropología, lo cual sugiere que determinados patrones de conducta son mucho más generales que lo que se pensaba antes. Por ejemplo, la generalización de que las hembras son más selectivas que los machos al elegir una pareja ha resultado válida no sólo en todas las culturas humanas sino también en todas las especies de reproducción sexual. Pareciera luego que es sólo cuestión de tiempo que los niveles micro y macro se conecten entre sí: con el mapa completo de las secuencias genéticas de las moscas de la fruta, los nematodos, las ratas, y eventualmente de los seres humanos, será posible encender y apagar secuencias de genes individuales y observar sus efectos sobre la conducta.

La segunda base de sostén del orden social es la razón humana, y su capacidad de generar en forma espontánea soluciones a los problemas de cooperación social. La capacidad humana de crear capital social no explica por qué éste surge en circunstancias específicas. Crear reglas de conducta particulares está en el terreno de la cultura más que en el de la naturaleza, mientras que en el terreno cultural hallamos frecuentemente que el orden resulta de un proceso de negociación horizontal, argumentación, y diálogo entre individuos. El orden no surge en forma necesaria desde arriba hacia abajo – desde un legislador (o, contemporáneamente, un estado) que transmite hacia abajo leyes o de un sacerdote del que emana la palabra de Dios. Ni el orden natural ni el espontáneo son suficientes de por sí para producir la totalidad de las reglas que constituyen el orden social *per se*. Cualquiera de ellos debe ser complementado en las coyunturas cruciales por la autoridad jerárquica. Pero si echamos un vistazo hacia atrás en la historia humana, vemos individuos auto-organizados que han creado de manera continua capital social para sí mismos, y han logrado adaptarse a cambios tecnológicos y económicos aún más importantes que los enfrentados por las sociedades occidentales en las dos últimas generaciones.

Tal vez la forma más simple de prever el futuro del Gran Trastorno sea apreciar brevemente los grandes trastornos del pasado. Los índices de orden social han aumentado y disminuido a lo largo del tiempo, lo que sugiere que, si bien el capital social a veces puede parecer estar agotándose, su acervo aumenta en determinados períodos históricos. El científico político Ted Robert Gurr, una de las autoridades mundiales en materia de conflicto político e inestabilidad, estima que la tasa de homicidios de Inglaterra fue 3 veces más elevada en el siglo XIII que en el XVII, y 3 veces más alta en el XVII que en el XIX; en Londres en el siglo XIX esta tasa, a principios del siglo XIX, fue el doble que en los 1970s. Tanto los conservadores que se quejan del declive moral como los liberales que celebran el crecimiento de la libertad de opción hablan a veces como si hubiera habido a partir de comienzos de los 1600s un desplazamiento alejándose de los valores del puritanismo. Pero aunque es evidente que hubo una tendencia secular hacia un mayor individualismo a lo largo del período, también hubo varias fluctuaciones de conducta que sugieren que las sociedades son perfectamente capaces de aumentar las restricciones sobre las elecciones de los individuos mediante reglas morales. El período victoriano de Gran Bretaña y Norteamérica a muchos les podrá parecer corporizando los valores tradicionales, pero el victorianismo se trató en realidad de un movimiento radical que surgió como reacción al desorden social diseminado a principios del siglo XIX – un movimiento que en forma deliberada buscó crear nuevas

reglas sociales a fin de instalar virtudes en poblaciones vistas como revolcándose en la degeneración. Sería erróneo afirmar que el mayor orden social que prevaleció en Gran Bretaña y Norteamérica durante la era victoriana fue simplemente resultado de normas morales cambiantes. Fue en este período que ambas sociedades establecieron fuerzas policiales modernas, reemplazando el batiburrillo de agencias locales y funcionarios con escasa preparación que existían a principios de siglo. Luego de la Guerra Civil, la policía de USA se concentró en ofensas menores contra el orden público como emborracharse, la vagancia, la pérdida de tiempo, etc. lo que condujo a una elevación de arrestos por estas conductas hacia 1870.

Para fines de siglo muchos estados de la Unión habían comenzado a establecer sistemas de educación universal, buscando ubicar a todos los niños en escuelas públicas gratuitas – un proceso que empezó algo más tardíamente en Inglaterra. Pero el cambio esencial tuvo lugar en materia de valores más que de instituciones. En el núcleo de la moralidad victoriana estaba inculcar el impulso de controlar a los jóvenes – formando lo que los economistas hoy en día denotan como sus preferencias – de modo que no se dedicaran a placeres como el sexo promiscuo, el alcohol y el juego.

Hay ejemplos provenientes de otras culturas en renovación moral. El período feudal Tokugawa en Japón – en el cual el poder era ejercido por varios *daimyo*, o señores feudales – había sido inseguro y de extrema violencia. La Reinstauración Meiji, que tuvo lugar en 1868, estableció un estado centralizado único, y aplastó de un solo golpe todo el bandolerismo que había tenido lugar en el Japón feudal. El país también desarrolló un nuevo sistema moral. Es frecuente que pensemos en costumbres tradicionales de trabajo de por vida practicadas por las grandes empresas japonesas como una antigua tradición cultural, pero en la práctica sólo datan de fines del siglo XIX, e implementadas en las grandes compañías recién a partir de fines de la Segunda Guerra Mundial. Antes había un elevado grado de movilidad laboral; los artesanos habilidosos en particular siempre escaseaban y se desplazaban constantemente de una empresa a otra. Grandes empresas japonesas como Mitsui y Mitsubishi se encontraban con escasez de mano de obra calificada, por lo cual, con ayuda del gobierno, se embarcaron en una campaña destinada a elevar la virtud de la lealtad por encima de otras.



Cabe preguntarse si el patrón experimentado en la segunda mitad del siglo XIX en Inglaterra, USA o Japón, podrá repetirse en una o dos generaciones más. Hay una creciente evidencia de que el Gran Trastorno está tocando a su fin, y de que el proceso de re-normalización ya ha comenzado. La tendencia de las tasas de crecimiento del crimen, los divorcios, la ilegitimidad, y la desconfianza ha menguado considerablemente, e incluso en los 1990s se ha revertido en varios países que experimentaron una explosión de desorden en las dos generaciones pasadas. Esto es válido en particular en los USA, donde los niveles de criminalidad han disminuido un 15% del pico alcanzado a comienzos de los 1990s. Las tasas de divorcio alcanzaron su máximo a comienzos de los 1980s y los niños nacidos de 30 madre soltera parecen haber dejado de aumentar. Los pagos de asistencia social han disminuido casi en forma tan dramática como las tasas de criminalidad, en respuesta tanto a las medidas de reforma de asistencia social de 1996 como a las

oportunidades de una economía próxima al pleno empleo en los 1990s. Los niveles de confianza en instituciones e individuos se han recuperado en forma significativa desde comienzos de los 1990s. ¿Hasta dónde puede llegar este proceso de re-normalización de la sociedad? Es posible que veamos cambios más dramáticos en los niveles de criminalidad que en las normas concernientes a la sexualidad, la reproducción y la vida familiar. En efecto, este proceso de re-normalización ya está en camino en las dos primeras esferas. Empero, con respecto al sexo y la reproducción, las condiciones tecnológicas y económicas de nuestra era hacen difícil que tenga lugar un retorno a los valores victorianos. Las reglas estrictas sexuales sólo tienen sentido en una sociedad en la que el sexo no regulado tiene una elevada probabilidad de producir un embarazo y tener un hijo extramatrimonial es probable que conduzca a la indignancia, si no a la muerte de la madre y su hijo.

La primera condición quedó de lado con el control de la natalidad; la segunda fue mitigada, aunque no eliminada, por una combinación de ingresos de las mujeres y subsidios de bienestar. Aunque USA recortó en forma fuerte el bienestar, nadie querría proponer que el control de la natalidad sea ilegal o dar marcha atrás al traslado de las mujeres al mercado de trabajo. Los problemas planteados por la fertilidad decreciente tampoco serán resueltos siguiendo el interés racional de cada uno: porque es justamente el interés racional de los padres por las oportunidades de vida a largo plazo el que los induce a tener una menor cantidad de hijos. Continuará disminuyendo, probablemente, la importancia del parentesco como fuente de interconexión social, y tal vez nunca se recupere la estabilidad de las familias nucleares. Las sociedades como Japón y Corea, que hasta ahora han resistido esta tendencia, es más probable que se vuelquen a prácticas propias de occidente más que a la inversa. Hay conservadores religiosos que esperan, y liberales que temen, que el problema del declive moral sea resuelto por medio de un retorno a gran escala a la ortodoxia religiosa – similar a lo que sería que el Ayatollah Khomeini vuelva a Irán en un vuelo comercial. Esto es improbable por diversas razones. Las sociedades modernas presentan tanta diversidad cultural que no resulta claro qué versión ortodoxa ha de prevalecer. Cualquier ortodoxia digna de ese nombre es probable que sea vista como una amenaza a grupos amplios e importantes de la sociedad, y no llegará demasiado lejos ni servirá de base para ampliar el radio de confianza. En lugar de integrar a la sociedad, un resurgimiento religioso conservador podría acelerar la tendencia a la fragmentación y la miniaturización moral: las diversas variedades de fundamentalistas protestantes discutirían entre sí cuestiones de doctrina; los judíos ortodoxos serían más ortodoxos; los musulmanes e hinduistas podrían comenzar a organizarse como comunidades político-religiosas, etc. Un retorno a la religión es más probable que adopte una forma más benigna, que ya comenzó a aparecer en algunos lugares de los USA. En lugar de que la comunidad surja como subproducto de una creencia rígida, la gente irá hacia la religión porque desea tener comunidad. En otros términos, la gente volverá a la religión no porque acepte necesariamente la verdad de la revelación sino porque la ausencia de comunidad y lo transitorio de los vínculos sociales del mundo secular les abrirá el apetito de tener una tradición ritual y cultural. Ayudarán a los pobres o a sus vecinos no porque sea una necesidad doctrinaria, sino porque buscarán brindar servicios a sus comunidades y hallarán que las organizaciones basadas en la fe son los medios más efectivos de lograrlo. Repetirán antiguas plegarias y restablecerán rituales de hace mucho tiempo no porque crean que son un legado divino sino porque desearán que sus hijos tengan valores apropiados, y porque gozarán del consuelo y sentido de experiencia compartida que tienen las ceremonias. En este sentido no se tomarán en serio a la religión en sus propios términos, sino que la usarán como un lenguaje para expresar sus creencias morales. La religión se convertirá en una fuente ritual en una sociedad despojada de ceremonias, por consiguiente será una extensión razonable del deseo natural de mantener relaciones sociales

con el que nacen todos los seres humanos. Es algo que la gente moderna, racional, y escéptica podrá tomar en cuenta en gran medida de la misma forma que celebran la independencia nacional, vestidos con atuendos étnicos tradicionales, o leen a los clásicos de su propia tradición cultural. Si se lo entiende en estos términos, la religión perderá su carácter jerárquico y se transformará en una manifestación de orden espontáneo.

La religión es una de las dos fuentes de un radio de confianza más amplio. La otra es la política. En occidente, la cristiandad estableció en primer término el principio de universalidad de la dignidad humana, un principio que provenía del cielo y se transformó en una doctrina laica de igualdad humana universal gracias a la Ilustración. Hoy en día le pedimos a la política que cargue con casi todo el peso de la empresa, y en esta materia hubo buenos resultados. Los países contruidos sobre principios liberales universales han sido suficientemente resistentes en los últimos 200 años, pese a frecuentes escollos y fallas. El orden político basado en la identidad étnica serbia o en los Doce Shi'itas nunca pasará de las fronteras de algún rincón de los Balcanes o de Medio Oriente, y ciertamente nunca podrá transformarse en el principio que rij a sociedades grandes, diversas, dinámicas, y complejas tales como por ejemplo el Grupo de los Siete.

Es como si hubiera dos procesos que operan en paralelo. En la esfera política y económica la historia parece ser progresiva y direccional, culminando a fines del siglo XX en la democracia liberal como la única opción viable para las sociedades tecnológicamente adelantadas. Empero, en la esfera social y moral la historia parece ser cíclica, con flujos y reflujos a través de las generaciones. Nada garantiza un cambio positivo del ciclo; nuestra sola esperanza radica en la capacidad humana innata de reconstruir el orden social. Del éxito de este proceso de reconstrucción depende la dirección ascendente de la flecha de la Historia.